

## LA PSICOLOGÍA DE AYER Y LA DE HOY (\*)

Vamos a tratar de dar, en forma esquemática, el concepto esencial, básico que diferencia el movimiento psicológico de ayer, del de hoy; localizando este ayer, en los fines del siglo pasado y en el principio de éste y localizando este hoy, en el momento actual del devenir psicológico.

La psicología de ayer parecía, en realidad, no ser una psicología, sino un campo en donde se debatían encarnizadamente dos ejércitos psicológicos irreductibles. Por una parte, aquellos psicólogos que se esforzaban en mantener la psicología adherida a la madre de todas las ciencias —la filosofía—, que defendían a pie y a caballo que el estudio de la psicología era el mismo que el de la antigua neumología: el espíritu invisible, inmaterial, etéreo, en oposición a la materia, objeto de la física. Esos psicólogos creían, en realidad, que la Psicología, por no ser, en modo alguno, materia de estudio de la física, debería ser tratada por la metafísica, y que se imponía para el estudio de la Psicología una actitud de meditación, un método de introspección y un solo escenario: la conciencia. Así, pues, los psicólogos de este primer bando (vamos a denominarlo bando *A*) se encerraban en la soledad, apoyaban sus codos sobre la mesa, se invaginaban y meditaban para descubrir qué hay en el misterio del ser humano. Y no solamente hacían eso, sino que procuraban hacerlo en condiciones de la

(\*) Versión taquigráfica de la conferencia pronunciada por el Doctor Emilio Mira y López en el aula mayor de esta Facultad, el día 22 de junio de 1940.

máxima frialdad y ecuanimidad posible. Creían que el objeto fundamental de la psicología era la descripción y catalogación de estos hechos de conciencia, realizados con arreglo a un criterio racional. Digámoslo de una vez: la psicología que defendían estos seres, era una psicología intelectualista. Heredaban, evidentemente, el pensamiento cartesiano que, como todos vosotros sabéis, opuso de una manera irreductible la “res” pensante a la “res” extensa.

En oposición a éstos, había otros psicólogos (que constituirán nuestro bando *B*) que, rebelándose, postulaban exactamente lo contrario. Es decir: que el objeto de la psicología no era el estudio de la conciencia, sino el estudio de la conducta; que el método de la psicología no era la introspección, sino la extrospección; que el psicólogo no podía, en modo alguno, encerrarse en su cuarto y meditar, en la actitud que ellos llamaban despectivamente del “arm-chair psychology” (del psicólogo del sillón), sino que tenía que lanzarse al seno de la vida, a sorprender al hombre, no en el estado de pensar y razonar, sino “en su propia salsa”, como si dijéramos, como ente que sufre, que existe, que padece y que actúa. Para ello —postulaban estos psicólogos del bando *B*— se requiere que la psicología emplee el método experimental. La estadística y el análisis científico se imponían.

Además, tenía el bando *A* una posición filosófica espiritualista y el bando *B* una posición filosófica materialista. Encerrado cada uno de estos bandos en su reducto, implacables contra el adversario, se odiaban cordialmente y, en algunas Facultades, se vió el hecho inusitado de que se ignoran mutuamente los que cultivaban estas disciplinas. Los unos, enseñando la psicología superior o teórica y los otros, al revés, metidos en el pleno fragor de la vida, en los laboratorios industriales, en las escuelas, en las prisiones y en todos los puntos donde hubiera un fenómeno vital humano. Evidentemente, estos dos campos eran, al parecer, irreconciliables.

La psicología de hoy nos ofrece un panorama totalmente distinto. Nos ofrece el panorama resultante de la interpretación recíproca de los dos bandos irreductibles. El panorama de una psicología que ha llegado a una feliz síntesis de esas dos tendencias, que ha superado ya ese estadio, y no se ha adscrito ni a la filosofía, ni a la fisiología, sino que ha adquirido una independencia plena, y emite, con sus dos brazos, una

valencia que la liga a la metafísica de la cual procede, y otra a la fisiología, en la cual querían sumergirla los psicólogos de ayer.

¿Cómo se ha operado este cambio? ¿Cómo ha sido posible lograr esa síntesis? Yo voy a tratar de explicároslo siguiendo, para ello, brevemente, la evolución de las principales doctrinas psicológicas.

En primer lugar, es evidente que a esa concepción racionalista e intelectualista de la psicología de los siglos XVIII y XIX se habían opuesto serias objeciones en el propio campo de la filosofía y también en el campo de las artes. No citemos al propio Schopenhauer que decía que el hombre era un animal que tenía la funesta manía de pensar; no citemos tampoco a Goethe, cuando decía que, en el principio no estaba el verbo sino la acción. Circunscribámonos a la gigantesca figura del propio Kant al hacer la “Crítica de la razón pura” y veamos, también, la influencia enorme de Kierkegaard, al plantear el problema de la angustia humana, como tema central de la investigación de la psicología teórica. Veamos, después, la influencia inmensa de Dilthey, la crítica violenta de la filosofía vitalista al decir que el hombre descrito por Descartes era un muñeco, era un agregado de dos formaciones, que no podía, en modo alguno, subsistir y que era necesario rehacer desde otro prisma. Esa necesidad de completar el estudio del hombre, incluso desde el propio campo introspectivo, que arranca de una manera potente, en la segunda mitad del siglo XIX, del mismo campo filosófico, lleva a la aparición de una pléyade de psicólogos procedentes de la Facultad de filosofía, que acometen el estudio de la conciencia, pero no ya haciendo, como hasta entonces se hacía, la conciencia sinónimo de razón, sino el estudio de la conciencia como sinónimo de campo vivencial, es decir como escenario de experiencias psíquicas que pueden ser sometidas a la experimentación. Y así, William James, Stanley Hall, Titchener y Thorndicke en América, Ribot, Janet, Binet en Francia y una pléyade de otros psicólogos y filósofos (Brentano, Müller, Ehrenfelds, Höffding, Meumann, Ebbinghaus, etc.) reclaman la necesidad de acometer el estudio de todos los hechos psíquicos con un criterio experimental. Se hace la crítica experimental de la antigua doctrina cartesiana y elementos procedentes del campo filosófico como es Marbe, como es Krüger, demuestran que esta psico-

logía filosófica va siendo penetrada por el criterio científico biológico. La psicología actual se va concretando. Se admite la noción de inconsciente y el criterio evolutivo. Se suprime el examen consciente como único plano de estudio. Se descubren nuevas dimensiones en el ser y, por tanto, se acerca a la corriente que hasta entonces parecía contraria a ella.

Viceversa, a las pretensiones de Weber y Fechner de reducir el estudio de la psicología a la psicofísica, es decir a la determinación de las equivalencias y correlaciones que había entre las dos calidades de energía, sigue la obra de Wundt que, en realidad, trataba de establecer un equilibrio, un punto de enlace con la concepción antigua de la psicología. Pero es, sobre todo, en los discípulos de Wundt (en Stanley Hall, en Titchener y más tarde, en el propio Binet), donde se observa esa tendencia a no despreciar la introspección y a no excluir el estudio de los fenómenos psíquicos por el propio análisis, tendencia que iba, evidentemente, a permitir la conciliación de esas dos actitudes. En los psicólogos estadounidenses, se operó, hace dos decenios, una marcha atrás en ese proceso, con el advenimiento del conductismo watsoniano. Pero se ha vuelto a rehacer su ruta, al incorporar, a este conductismo watsoniano, el estudio de los fenómenos vivenciales más íntimos, a través del método experimental, con arreglo a las técnicas que siguen hoy día los más representativos psicólogos de Norteamérica actual. †

Así, pues, de una parte tenemos una tendencia experimental en el campo de la psicología filosófica, y, de otra parte, una tendencia a elevarse a un plano de abstracción en el campo de la psicología psicofísica.

Si seguimos esta interpenetración en corrientes psicológicas más precisas, más debidamente delimitadas, vamos a ver mejor todavía este proceso de fusión del que os estoy hablando. Tomemos, para eso, lo ocurrido en el campo de la Psicología patológica, de la Psiquiatría. Kant creyó que las enfermedades mentales debían ser objeto de estudio de la filosofía. Proclamaba que la psiquiatría era objeto de estudio de la filosofía, porque estudiaba las alteraciones de la razón. Todavía se encuentra la concepción de Kant en el vulgo, que dice que el loco es "un ser privado de razón"; como si la razón fuera lo único que diferencia al enfermo mental del sano. En oposición a ese postulado kantiano estaba el postulado de la psicopatología,

de la medicina. Wernicke admitía que la psiquiatría era el dominio de las enfermedades del cerebro y, que la manera de estudiarla era esperar pacientemente a que el sujeto se muriese, extraerle el órgano del pensamiento, que para él era el cerebro, mirarlo al microscopio, estudiar las degeneraciones y sentar conclusiones. A esa concepción simplista había llegado la psiquiatría a fines del siglo pasado. Entre esa actitud de ver en el cerebro el órgano del pensamiento y del psiquismo, y la otra, no había posibilidad de conciliación. Pero, afortunadamente, en el curso de los años, esa tendencia que tuvo defensores acérrimos, incluso hasta hace pocos años, ha sido también superada y, hoy día, los psiquiatras se dan cuenta de que no es posible aceptar una psiquiatría unilateral: ni puramente materialista y fisiológica, ni tampoco puramente psicológica. Por eso, en los tratados modernos de psicología médica y de psiquiatría, en las obras de Bumke, de Schilder, de Meyer, se ve que, evidentemente, se ha llegado a superar ese dualismo y, hoy día, el psiquiatra atiende el estudio de la desviación del psiquismo con un criterio de síntesis, en el cual considera todos los aspectos del individuo humano desde el punto de vista global, unitario, pluridimensional, sin descender a esas posiciones apriorísticas que querían explicarlo todo y que, porque querían explicarlo todo, no comprendían nada. Algo parecido ha ocurrido en el campo de la fisiología. También la fisiología, que al principio era puramente localizante, puramente anatómica, que consideraba que el substráctum de los fenómenos psíquicos había que buscarlo en las actividades cerebrales, se ha hecho hoy, con el descubrimiento de las glándulas de secreción interna, de las relaciones humorales y neurovegetativas, por la destrucción del clásico esquema de Bichat de la independencia de los dos grandes sistemas nerviosos, se ha hecho —como digo— mucho más unitaria, mucho más global. Hoy en día sabemos que un modesto callo o una sardina mal digerida pueden ser causas tan importantes de desequilibrio psíquico como una lectura o un quiste en el cerebro.

Es decir que ya no es posible tener ese criterio fragmentario que se tenía y la única postura posible hoy es la de considerar al hombre en la misma forma que lo consideraba, al fin y al cabo, Aristóteles: como un "individuo", como un ser indivisible que, por ser algo que no se puede dividir, hay que estudiarlo en sus distintos aspectos existenciales y en sus dis-

tintos niveles funcionales; que desde el punto de vista didáctico se puede fragmentar para acometer su estudio en disciplinas diversas, pero que después es necesario integrar en su totalidad. Ésa es la teoría de la totalidad, que se ha ampliado en el campo de la neurofisiología con el integralismo de Sherrington y con la obra de Goldstein.

Algo por el estilo ha ocurrido con otra dirección de la psicología moderna, que es la denominada psicología de la forma. Ese movimiento se delineó ya a fines del siglo pasado. Fué un filósofo (Ehrenfelds) quien en la "Revista de filosofía" de Viena empezó a elaborar, a fines del siglo pasado, la doctrina de la forma, de la estructura o de la configuración, desde un punto de vista casi puramente teórico basado en pequeñas experiencias muy elementales. Y a partir de ese momento, la psicología de la forma fué tema para un grupo de investigadores, Hansen, primero, y Köhler, Wertheimer y Kaffka, después. Esa interpretación de que os hablo ha resurgido en el curso de estos años, porque, de una parte, ha llegado a interpretar, incluso tendencias físicas (en el libro de Köhler se ve eso claramente expuesto con un criterio psico-experimental) y, de otra parte, se ha vuelto a lanzar en brazos de la especulación teórica, al intentar dar una visión de conjunto del problema.

Finalmente, el psicoanálisis es el hecho más claro que nosotros podemos aducir para demostrar lo que estoy diciendo, porque, en efecto, el psicoanálisis es, de todas las doctrinas psicológicas, la más popularizada, la más escandalosa, podríamos decir, y la más discutida. Es extraordinariamente curioso lo que ha ocurrido con la obra de Freud. Cuando Freud, saliendo de la clínica de Charcot y experimentando con Breuer en el campo de la neurología y de la psicología empezó sus primeros trabajos de psicoanálisis, tuvo la virtud de irritar, a la vez, a los partidarios del bando *A* y del bando *B*. Los partidarios del bando *A* decían: "¿Pero, a dónde va este hombre con esa psicología pornográfica, de Homo Natura, queriéndonos decir que todo lo que pasa en la vida humana está gobernado por el instinto sexual que, al fin y al cabo, deriva de una acción hormonal? Ésta es una psicología materialista que nunca aceptaremos". En cambio, los naturalistas "à outrance" y especialmente los psiquiatras decían: "¿Qué es ese intento de querer explicar los síntomas orgánicos por vía de la psico-

logía? ¿Cómo una parálisis histérica, una crisis convulsiva van a tener una intención, un “sentido”, como afirma Freud? ¿A quién se le ocurre animar a los órganos? ¿Qué es eso de que los órganos hablan, que tienen el lenguaje visceral a que se refiere Freud?”

Tanta fué la oposición, tan violento el choque con esta “psicología materialista” y con esta “neurología psicológica”, que fué expulsado de la Sociedad de psiquiatría de Viena. Se hablaba de quitarle el ejercicio profesional. Y Freud se defendía contra esa acometividad ignorando en absoluto a los médicos. Por eso, cuando venía un enfermo a Freud, que era médico, él decía: “Haga usted el favor de ver a un médico para que le arregle las cosas somáticas, que yo me voy a ocupar, exclusivamente de las actividades psíquicas”. En este caso, la tendencia central de aunar en una sola concepción las dos posiciones antitéticas, determinó críticas simultáneas, por motivos opuestos, de uno y otro bando. Pero, que la doctrina de Freud llevaba dentro de sí las posibilidades de esa síntesis, lo ha demostrado su devenir histórico. Porque hijos espirituales de Freud son dos grandes psicólogos: Jung y Adler. Jung es el creador de la psicología de los complejos, que ha vuelto a elevar la psicología a un plano de abstracción que llega a la religión. Adler ha desarrollado una concepción psicológico-social del hombre, que ha conciliado la postura psicológica con el más puro materialismo histórico. La concepción supra-materialista de Adler hace derivar todo de la existencia de “inferioridades” y, viceversa, la doctrina de Jung, con su sentido esotérico, con sus conceptos abstractos, vuelve a retrogradar la psicología a los deliciosos tiempos de la magia. Es evidente que la doctrina de Freud, capaz de engendrar estas otras dos doctrinas tan opuestas, debía tener una posición central, y, porque tenía una posición central en ese momento de lucha, fué combatida con ardor. Pero, como tenía un fondo de verdad, se ha ido introduciendo en uno y otro bando, y, hoy, muchos detractores del psicoanálisis lo aceptan implícitamente. Hay conceptos como el de la represión, del sensualismo, de las amnesias y del inconsciente que, evidentemente, ya no parecen psicoanalíticos. No nos extraña el emplearlos y se encuentran en obras que, fundamentalmente, critican al psicoanálisis por lo que pueda tener como concepción en choque con determinados principios filosóficos y religiosos.

Síntesis feliz de todas estas psicologías y orientación que nos marca el verdadero porvenir de la psicología actual la hallamos en la obra de William Stern. William Stern ha sido un psicólogo que, procedente del campo filosófico, ha dedicado varios años a una labor puramente experimental, incluso psicotécnica. Su obra de "Psicología diferencial", su estudio sobre la "Selección de los bien dotados" que no tengo por qué citar, porque, seguramente, conocéis, lo prueban. Y, finalmente, en una magnífica síntesis, llega a marcar la postura exacta al proponer, incluso, substituir el nombre de psicología por el nombre de "Personalogía". Dice Stern: ni el estudio de la conciencia aislada, ni el estudio de la conducta aislada: el estudio de la inter-relación y de las integraciones entre esos experimentos conscientes y esos actos humanos es lo que, en realidad, es patrimonio de la verdadera psicología, que es una parte de la personalística o ciencia de la persona, que estudia las vivencias, que estudia los actos personales en su doble aspecto implícito y explícito; en oposición a la fisiología que estudia puramente las actividades elementales de los organismos que constituyen esa persona. La psicología, en realidad, empieza donde acaba la fisiología. No se oponen: se complementan. Todo lo que ocurre con un trozo de pan, desde que se introduce en la boca y es descompuesto por los fermentos del aparato digestivo, hasta que se hace asimilable y llega a formar parte de nuestro organismo, es fisiología. Pero todo cuanto ocurre en nosotros para conquistar ese trozo de pan, hasta podérselo poner en la boca (que quizás es más interesante), es materia del estudio de la psicología, porque los órganos son ignorantes de las condiciones necesarias para su existencia. La misión del aparato digestivo es digerir y la del aparato respiratorio es respirar y la del aparato locomotor es moverse; pero, en esto, como en todas las cosas, ocurre que, para que se dé una determinada actividad, es necesario que existan unas determinadas condiciones, y esas condiciones son la síntesis funcional del individuo. Sin esas condiciones, la persona no sirve para nada: se disocia en una serie de aspectos fragmentarios, se desyoíza, se convierte en una carga de carne, huesos y tendones que no tiene significado ni sentido. Con la fisiología ocurre lo que decía Bertrand Russell de la lógica: es una máquina de hacer salchichas, y las hace a condición de que se le ponga carne en un extremo. Si se le pone papel, la



máquina funcionará igual pero producirá salchichas de papel. Con la más aplastante lógica un paranoico es capaz de matar a media humanidad. Es la "raison du cœur" de que hablaba Pascal. No hay lógica sin premisas.

Desde el punto de vista de la función de los mecanismos y dispositivos del organismo, la fisiología es insuficiente para poder explicar la vida del ser humano. La concepción que hoy se impone es, evidentemente, la de Stern. Personalista, unitaria (llámesela como se la llame), psicoevolutiva, psicosocial. Todos los criterios convergen al mismo punto: es materia de la psicología el estudio de estas funciones globales del ser humano que, de una parte, lo relacionan con el ambiente y que, de otra, lo impulsan a un devenir histórico. La personalidad se labra a sí misma sobre una base constitucional. Todo intento de querer llegar a una explicación causal no es materia de la psicología. Allá los metafísicos que se las entiendan —si consiguen entenderse las— para dar la explicación. La psicología es el estudio de la personalidad humana en tanto es una totalidad individual que tiene dimensiones históricas, temporales y espaciales. Del hombre que existe en el mundo, que tiene vinculaciones con el medio, que tiene tradición histórica y, de otra parte, una ruta. Averiguar cuál es esa misión, saber para qué se vive, para qué se va a tener libertad —no sólo gritar que se quiere libertad— plantearse estos problemas esenciales en todas sus dimensiones, desde el puro y simple existir vegetativo hasta el más alto idealismo y la más alta norma valorativa o ética, sólo puede resolverse con la ayuda de la Psicología.

El estudio anátomo-fisiológico, patológico, social, estadístico, experimental, psicoevolutivo, la psicología comparada, la psicología industrial: todos se integran. Los psicólogos trabajan en grupos y se juntan en la búsqueda de la verdad. No hay más que una verdad y hay que buscarla desde todos los ángulos de enfoque. Ya no hay discusión.

Confiemos que el concepto psicológico permitirá la elaboración de una doctrina científica potente, como parece ser la que emerge de todas estas doctrinas, y que nos llevará también, a la concepción de una humanidad mejor y más justa.